

BARBARIE AUTÉNTICA

Por Ramón Vasconcelos

AUTÉNTICA barbarie la de los auténticos que están destruyendo las arcadas de la antigua Plaza del Polvorín para dar paso a un nuevo proyecto sin carácter, después de haber gastado trescientos mil pesos en obras de adaptación. Pasaron meses, pasaron los tres años largos del periodo de Prío entre estudios y planes, unos de Febles y sus arquitectos, otros de Casero y los suyos. El Polvorín seguía siendo el Polvorín por sus arcadas. De vez en cuando aparecía un pequeño grupo de obreros con el pico en la mano para dar tiempo al tiempo, de acuerdo con la técnica del Gran Capitán que ocupa el poder, para rendir, cuando las rinde, cuentas galanas como las del Gran Capitán: "Entre palas, picos y azadones... millones".

De todos modos, como ocurre con las cien mil obras en proyecto del programa de Casero, lo importante es la escenificación, no las realizaciones, que *mientras el palo va y viene, descansa el cuerpo*, como dijo el otro. Dentro de un sistema de negligencia y de engaño, importa relativamente poco que un puñado de jornaleros pongan ladrillos en la armazón del Mercado de Carlos III después de dos años de inacción. O que la plazoleta gigante de Zapata que dejó comenzada el mucurítico y cepillado Manolo, avance a razón de un metro por mes. O que la doble vía de Rancho Boyeros, alias Avenida de la Independencia, inaugurada el 7 de Diciembre, se haya demorado casi tanto como la Carretera Central y haya sido terminada bajo los espolazos de los interesados. Obras nuevas, concluir las era cuestión de créditos y de tiempo, estuvieran bien o mal hechas. Pero en el caso de un edificio público, que por su estilo y hasta por su historia tiene un valor arquitectónico y pintoresco, casi de monumento, demolerlo para levantar sobre sus cimientos una problemática maravilla de cemento armado, no tiene perdón de Dios. Es un crimen. Cierta vez se le ocurrió a Quincoces darle una lechada a Palacio. Bastó que la crítica denunciara el atentado contra la piedra patinada para que Batista, a la sazón Presidente, ordenara la restauración inmediata con una friega en toda regla. Pero esta gente no se detiene ante nada, llega

en su audacia y desprecio a la opinión pública hasta donde nadie ha llegado jamás. Convino a determinados intereses derribar las arcadas del Polvorín y anoche mismo la piqueta las echaba abajo. Daba pena ver aquella piedra vieja, seguramente de Capellanía, convertida en escombros, por gusto, bárbaramente, cuando lo de sentido común hubiera sido aprovechar lo colonial dentro de una adaptación inteligente al proyecto de Museo o Palacio de Bellas Artes. A las diez de la noche se perpetraba el asesinato del Polvorín, sin testigos, sin protestas, porque el encallecimiento del espíritu de ciudad ha hecho del habanero un borrego dócil, capaz de aceptarlo todo con un encogimiento de hombros. "¡Esto no lo arregla nadie!" "¡Están acabando...!" Y como la reacción pública no pasa de ahí, cargan con los millones del Tesoro, derrumban las arcadas del Polvorín, permiten fabricar adefesios fuera de línea en el centro de la capital, ridiculizan la magnífica Avenida del Golfo con mucuritas y hacen un laberinto de otras cuya mayor belleza debe radicarse en su simetría. Para un troglodita lo esencial no es conservar la piedra vieja, sino trasladarla en camiones a una finca o a un solar yermo y utilizarla en una casa de apartamentos que produzca buena renta. Se llevaron las farolas decorativas de la Avenida de Columbia, apenas inaugurada, por puro resentimiento. Se llevaron la tarja del busto de Manuel de la Cruz. Se llevaron copas monumentales del Prado. Destruyeron un panel de la Puerta de Bronce cincelada por García Cabrera, sin sustituirlo. Se llevaron el brillante del Capitolio y lo devolvieron misteriosamente porque valía menos que lo que habían pensado al robárselo. Se llevaron hasta la Campana de La Demajagua. Ahora se llevarán la piedra de las arcadas coloniales del Polvorín, víctima de la terrible aplanadora de Prío. ¡Descanse en paz el viejo Polvorín! En Roma se dijo de una familia poderosa, que había empedrado los caminos de sus residencias con mármoles de los templos paganos: "Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini". Aquí habrá que decir: lo que nadie hubiera hecho, lo ha hecho la barbarie auténtica.

Alta, Dic 12/67
DOCUMENTAL